

CRONICA LITERARIA por Domingo Melfi

LA BATALLA DE LOS ESCRITORES ARGENTINOS.

Las habas se cuecen en todas partes y en abundancia. A través de las páginas del gran hebdomadario bonaerense, **Argentina Libre**, los escritores argentinos han lanzado una campaña nutrida en contra de las editoriales establecidas allí y en contra de la indiferencia del ambiente que no cotiza sus obras. El mal es general en América, y ya hemos oído con bastante anterioridad, en Chile, palabras tanto o más duras que la de los colegas platenses sobre los mismos temas.

"Nosotros, los escritores argentinos — escribe Rojas Paz —, escribimos con el dolor de la tierra y el dolor de nuestro corazón. Y esas cosas no las puede entender el extranjero. Y no hablamos de extranjeros para referirnos al que no haya nacido acá, sino a ese hombre que no le importa el país en que está viviendo, sino su "negocio", "el negocio", "los negocios". Nosotros estamos atentos al porvenir del país y nuestros libros tienden a ser un mensaje del espíritu nacional. Y parece que eso no interesa como negocio de librería. Interesa más que se hable de una novia de Bonaparte, o de las hermanas de Schiller, o del Preste Juan de las Indias, o de Kirie Eley son de Montalbán, que cuanto más remoto sea el país de donde venga el personaje, más interesante, literariamente, resultará el asunto para recibir los aplausos de los pazguatos sin ley. En concreto, Buenos Aires como centro cultural ha disminuído mucho, en tanto que ha aumentado como centro del comercio libresco. Y de acá salta el absurdo que no se entiende: que habiendo Buenos Aires aumentado de importancia como centro del comercio libresco, haya disminuído el favor hacia el libro argentino".

Esto mismo con otras palabras han dicho escritores colombianos, ecuatorianos, peruanos, chilenos, uruguayos, venezolanos, mexicanos, costarricenses, guatemaltecos, nicaragüenses etc. Es decir, la queja ha resonado sobre toda la América hispana, desde hace años en buen tiempo y en tiempo adverso. Lo cual demuestra que América es y continúa siendo un continente indio, poblado por europeos o por gente de aficiones literarias europeas. Relativamente poblado, agreguemos, porque no siempre es fácil encontrar el rasgo esencial.

Hemos relatado muchas veces el caso y lo vamos a expurgar una vez más, porque viene a cuento: en los remates de los muebles de grandes casas tradicionales, sólo por excepción hemos encontrado en la biblioteca de la residencia libros chilenos. Libros actuales, de autores del siglo XX. Estos autores del siglo XX son perfectamente ignorados por el público europeizante que lee a Ludwig, a Zweig, a Maurais, a Proust, a Freud, y otros. Y una advertencia: hemos conocido personas que nos contaron con una voluptuosidad envidiable, intimidades desconocidas de Napoleón, de Enrique IV, de Julio César, de Richelieu, de la Dubarry, de la Pompadour etc., y, en cambio, no conocían una sola intimidad de Blest Gana,

o de Pérez Rosales, o de Lastarria. No pudimos extrañarnos porque a cierta altura del viaje el asombro se desgasta y la sorpresa es apenas un leve calofrío. Nos han dicho algunos entendidos que los personajes chilenos no tienen interés, son insignificantes, no dan para biografías, y los novelistas son monótonos y pesados, y por esta razón prefieren leer biografías de extranjeros y novelas de autores europeos. Por lo demás, en el siglo XIX que fué el siglo de la formación intelectual, aquí como en los demás pueblos de América, la lectura de imaginación, habitual, fué la francesa. Especialmente las novelas de Dumas, Hugo, Feuillet, Paul de Kock, Droz y luego Maupassant, Flaubert, Maizeroy, Daudet, y otros. Este contacto frecuente con escritores de Europa fué creando una modalidad especialísima en los criollos de fortuna, modalidad que luego fué transmitida a los descendientes, y que es en rigor la que subsiste en la actualidad. Advuértase de paso que las cátedras de literatura chilena e hispano americana en los Liceos datan de muy poco tiempo. Hace un cuarto de siglo los muchachos de esos establecimientos conocían con minuciosidad las literaturas de Europa, española, francesa e inglesa. Sabían de la vida y de la obra de los autores del viejo mundo, leían sus libros y los comentaban en la clase. Hacían trabajos escritos acerca de novelas y trazaban, con gran acopio de datos, biografías de ilustres escritores de esos países. De los americanos apenas se tenía noticia de algunos nombres famosos. El nombre tan sólo, porque en cuanto a las obras eran totalmente ignoradas.

Y esto mismo ocurría en los Liceos de Argentina, de Uruguay, de Perú, de Colombia, de Ecuador y Venezuela. América ha recibido en conjunto, siempre, los errores y las cualidades. Entraba por los caminos del Atlántico un libro, y era seguro que ese libro pasaría luego la cordillera para asomarse al Pacífico. Y viceversa. Los movimientos literarios y sociales comenzaron en un país y se extendieron en seguida a los vecinos y luego a los más distantes. Pero todo copiado de Europa, todo sometido al cartabón europeo.

Esto que decimos no envuelve reproche ni amargura. Es sólo la constatación de un hecho. El reproche es de otro orden y lo hemos puntualizado en otras ocasiones. Se puede leer libros europeos, pero también se puede y se debe leer los libros americanos. Una cosa

no excluye la otra. Y a propósito, vamos a copiar lo que dice el poeta argentino Escardo, cuya respuesta tenemos a la mano:

"Pero he aquí que un señor editor — escribe — se permite, además, darnos consejos sobre cómo, para qué y para quiénes debe escribir el intelectual argentino. Y esto es ya una exorbitancia intolerable. Haga, en buena hora, su negocio el mercachifle, pero no dicte cátedra. Según su interesada opinión, el pobrecito escritor del país carece de universalidad y se dirige sólo al lector que está de facción en la esquina de Corrientes y Esmeralda, y no para los 130 millones de hispano parlantes a que tiende la organización editorial. El escritor argentino debe resignarse a quedarse en eso y hacer comentarios bibliográficos y croniquillas literarias de las formidables obras "universales de las nuevas casas editoriales y de sus detestables traducciones".

El público pide libros europeos. Esta es la verdad dolorosa. En malas o pésimas traducciones es cosa que poco le importa. No está, en su mayoría, en condiciones de apreciar la perfección o la precariedad de una versión. Fué educado en el gusto de lo europeo y esta educación, volvemos a repetirlo, la transmite a sus allegados o descendientes. La desgracia americana es la que aún subsiste: la frialdad hacia lo criollo llámese pintura, literatura, escultura, música o muebles de salón...

El escritor Blanco Cuartín se quejó ya una vez amargamente de esta hostilidad del público chileno. No leía los libros de los autores nacionales, y los pobres autores nacionales, para no quedar inéditos, enviaban como obsequio a sus amistades un volumen de su obra, agregándole, cuando podían, un regalito... Esto ocurría en el siglo pasado.

En algunas librerías de viejo — solemos realizar viajes periódicos hacia los dominios del tiempo perdido — hemos encontrado — pásmense ustedes — libros chilenos con dedicatorias magníficas, estrepitosas, chorreantes de cortesía, que ni siquiera habían sido abiertos... Estaban allí vírgenes, tales como habían salido de los hornos de la editorial. Suprema ofensa, digamos con énfasis, como conviene a tal desaguizado.

Otra anécdota que también hemos relatado ya, y que viene muy al caso y que demuestra también esta característica del lector nuestro: Un día nos trenzamos en una charla con un lector de libros. Nos dijo: Anoche tomé del escritorio de mi hija un libro. Estaba con ganas de leer. Me acosté y comencé la lectura. Creerá usted que me dieron las cuatro de

la mañana y yo seguía leyendo. Por primera vez un libro nacional me había interesado en esa forma". Le preguntamos con avidez por el título y el nombre del autor. Se tomó la barbilla con el pulgar y el índice, hizo ademán de rascarse la piel, puso los ojos en el cielo, y... nada. No tenía noticias ni del nombre del libro ni del nombre del autor. Sabía únicamente, que era chileno, porque los cuentos le hablaban de cosas y personajes de acá.

Podríamos relatar casos y continuar estos comentarios con innumerables observaciones. Pero creemos que basta dejar las cosas por ahora hasta aquí. Los escritores argentinos, y son muchos los que han respondido a la encuesta de **Argentina Libre**, han expresado con singular franqueza y en ocasiones con mucha energía, sus puntos de vista. Han vapuleado a los editores y han condenado casi todos al público, por su indiferencia, y también por su ignorancia y agresividad. Los escritores argentinos sufren el mal general de América. Libros magníficamente compuestos, bien escritos, superiores a muchos de los libros europeos, apenas si son pedidos por algunos lectores. No tienen en estos países afición por la literatura criolla. La niegan, y hay gente petulante y amorfa por lo mismo, que también se permite la actitud del esclavo independizado por sus amos: se pone contra de los compañeros y hace coro a los europeizantes de tres al cuarto de que estamos inficionados.

Insistimos en nuestro punto de vista: leer libros europeos no significa repudiar los libros americanos. Nadie niega el derecho a buscar en Europa en las literaturas de Europa la substancia emocional e intelectual que se requiere para completar la cultura, pero ello no excluye el deber de conocer lo que es fruto y conciencia de la tierra en que se vive, porque lo mismo las obras artísticas que los productos del suelo, forman en esa voluntad de ser y de sobrevivir que constituyen la dignidad y la conducta ejemplar de los pueblos. Ningún europeo se desprendería con desdén de un escritor famoso de su tierra. En cambio, por estos lados empuñados por resentimientos y enconos y despampanantes ignorancias, es justamente lo que ocurre.

D. M.